

## APUNTES DE MARIOLOGÍA

Lunes 2 de octubre.

- PRESENTACIÓN DE LA ASIGNATURA (Programa y bibliografía).

- INTRODUCCIÓN.

\* María, don esencial de la fe y de la vida de la Iglesia.

\* María no es una figura marginal en el ámbito de la teología, por su íntima participación en la Historia de la Salvación. Ella refleja los máximos datos de la fe.

\* Evitar maximalismos (tendencia a "exagerar", hasta desorbitarla, la figura de María) y minimalismos (tendencia a minusvalorar la importancia decisiva de María en la Historia de la Salvación).

\* La perspectiva correcta: María en el misterio de Cristo y de la Iglesia.

### MARÍA EN EL MISTERIO DE CRISTO Y DE LA IGLESIA

El estudio de María (de su persona, de su significado, de su misión) ha de ser situado a la doble luz del misterio de Cristo y del misterio de la Iglesia. En el ámbito del Nuevo Testamento y de la primitiva comunidad cristiana, María aparece como una realidad importante pero siempre concomitante del misterio de Cristo, nunca como una realidad independiente y con sentido en sí misma. Los hitos trascendentales de la historia de la salvación en los que María tiene un papel revelante tienen como centro a Jesucristo: la Encarnación del Hijo de Dios, su nacimiento, la presentación en el templo y la pérdida de Jesús a los doce años, su revelación en Caná, la Cruz, la Resurrección, Pentecostés... También hay que añadir que en todos estos momentos aparece siempre Cristo como "nacido de mujer" (Gal 4, 4), nacido según la carne, de la estirpe de David. Puede y debe afirmarse, con toda razón, que el acontecimiento Cristo se dio no sin María.

De igual forma, apenas la comunidad eclesial comenzó su andadura por la historia, fue descubriendo las profundas relaciones que la unían, de manera única y peculiar, con María, la Madre del Señor. La Iglesia descubrió a María como primera creyente y primera discípula, como modelo de acogida de la Palabra de Dios por la que la Iglesia se siente constantemente convocada e interpelada. En una Palabra, la Iglesia descubrió en María tanto el proyecto que Dios tiene como ella en cuanto comunidad creyente, como la respuesta que está llamada a dar a ese proyecto de salvación.

No hay ni puede haber, por tanto, disyuntivas posibles: ni María sin Cristo, ni María sin la Iglesia. El Concilio Vaticano II ha formulado bella y firmemente esta doble, inseparable y profunda relación de María con Cristo y con la Iglesia: en la Constitución *Sacrosanctum Concilium* (en adelante, SC), en el n. 103, se afirma que María no sólo es "el fruto más espléndido de la redención", sino que también es "una purísima imagen de lo que la Iglesia misma, toda entera, ansía y espera ser".

## 1. MARÍA EN EL MISTERIO DE CRISTO.

A fin de eliminar desde el principio cualquier ambigüedad al reflexionar sobre el misterio de María, es necesario partir de tres afirmaciones esenciales:

1º) Cristo es el único centro del universo, de la humanidad. Es el sentido último y definitivo de todo y de todos. "El Señor es el fin de la historia humana, punto de convergencia hacia el cual tienden los deseos de la historia y de la civilización, centro de la humanidad, gozo del corazón humano y plenitud total de sus aspiraciones" (*Gaudium et Spes*, 45).

2º) Cristo es el único y absoluto Mediador entre Dios y los hombres. En Él subsisten las dos naturalezas, divina y humana. Es imposible que exista otra mediación ni otro Mediador, fuera de Cristo. Cualquier otra mediación tiene que inscribirse necesariamente en ésta, que es la única y definitiva mediación sustancial: la de Cristo.

3º) Cristo es el único y definitivo Salvador, causa y razón última de la salvación de todos los hombres y de todo el hombre. Solo y exclusivamente en Cristo reconcilió Dios al mundo consigo (cfr. 2 Cor 5, 18-21; Rom 5, 10; Col 1, 20). Como afirmó Pedro en el Sanedrín: "no hay salvación en ningún otro, pues bajo el cielo no se ha dado a los hombres otro nombre por el que debamos salvarnos". (Hch 4, 12).

Resulta evidente que, a la luz de esta triple confesión de fe, todo lo que digamos sobre María tiene que ser entendido e interpretado sobre el telón de fondo de estas afirmaciones cristológicas fundamentales. Hay que estudiar a Cristo para poder descubrir la importancia de María.

Pero también es cierto que cuando nuestra fe celebra al Dios único de la salvación, de la encarnación, de la gracia y de la única historia de salvación, debe también hablarse de María. Pues Ella es la Madre de Aquel en quien se funda nuestra salvación, Dios y hombre en una sola persona. Hay que valorar a Cristo también en su realidad auténticamente humana: al encarnarse lo hizo sometándose a las leyes del ser humano y, por tanto, sometándose a la maternidad de María. María aparece asociada a Cristo ya en su simple existencia terrena. Podemos decir que María no es un "accidente", algo simplemente circunstancial, en la vida de Cristo.

Más allá, incluso, de la relación existente entre Cristo y su Madre según la carne y la sangre, ya de por sí plenas de importancia y significado si nos tomamos en serio el misterio de la Encarnación y la Maternidad divina de la Virgen (que no se agota simplemente en la gestación y en el parto, sino que conlleva el cuidado, el desarrollo, la educación, la apertura "humana" y progresiva del Hijo de Dios al mundo), María dio el paso también de establecer unas relaciones familiares según el Espíritu Santo. María supera el nivel biológico para formar parte de esa familia de Jesús formada por quienes escuchan la Palabra de Dios y la cumplen (Mc 3, 33-35).

María no sólo estuvo unida a Cristo en el orden biológico como madre, sino que estuvo también asociada a Él en el plano de la salvación. No sólo preparó, con su maternidad, al Hijo de Dios un cuerpo humano, cooperando así, con su disponibilidad, a la encarnación redentora: fue mucho más allá, convirtiéndose en un instrumento activo de cooperación en la obra redentora del Hijo.

Precisamente por todo esto, María ocupa una posición realmente única y singular en la historia de la salvación.

La relación de María con Cristo viene caracterizada por dos notas fundamentales: la dependencia y subordinación respecto de Cristo, y la cooperación activa a la obra redentora.

a) Ante todo, la dependencia.

En María, todo, absolutamente todo, depende de Cristo: desde su predestinación a la maternidad divina, hasta su plenitud de gracia, pasando por el momento de ser ella misma concebida como criatura humana, momento en que se vio ya enriquecida "con el resplandor de una santidad enteramente singular", como dice *Lumen Gentium* (en adelante, LG) 56. María es santificada desde toda la eternidad y recibe los dones del Espíritu Santo en orden a ser la madre de Cristo.

b) En segundo lugar, la cooperación.

María no fue un instrumento puramente pasivo en las manos de Dios, sino que cooperó a la salvación de los hombres con fe y obediencia libres. Se consagró totalmente como esclava del Señor a la persona y obra de su Hijo, con Él y bajo Él. La obra redentora de Cristo, por su parte, encuentra en María el lugar por excelencia de su realización plena y eficaz. La gracia triunfante del Resucitado actuó en María en toda su plenitud, llevándola a la glorificación anticipada de la Asunción.

## 2. MARÍA EN EL MISTERIO DE LA IGLESIA.

El Concilio Vaticano II redescubrió, desde la perspectiva de los Santos Padres, la íntima y esencial relación existente entre María y la Iglesia. La enseñanza de la tradición eclesial, sobre todo en los nueve primeros siglos, nos lleva a poder afirmar que María es, al mismo tiempo, modelo de la Iglesia peregrinante, e Iglesia en su estado final.

Así, María es, según el Concilio Vaticano II:

- \* "Miembro excelentísimo y enteramente singular de la Iglesia" (LG 53).
- \* "Tipo y ejemplar acabadísimo de la misma Iglesia, en la fe y en la caridad" (LG 53).
- \* "Tipo de la Iglesia en el orden de la fe, de la caridad y de la unión perfecta con Cristo". (LG 63).
- \* "Modelo de virtudes" (LG 65).
- \* "Excelso modelo" (LG 65).
- \* "Una purísima imagen de lo que la Iglesia, toda entera, ansía y espera ser" (SC 103).

María es el miembro inicial y perfecto de la Iglesia histórica, La Iglesia con Ella comienza y alcanza ya su perfección. En María, la Iglesia comienza a ser santa e inmaculada, a estar incorporada a Cristo, a comulgar en sus misterios y a resucitar con Él.

Podemos señalar algunas dimensiones esenciales de María en su relación con la Iglesia:

a) María, la mujer.

Delante de María estamos delante de una auténtica criatura humana y, más en concreto, delante de una mujer. El Beato Pablo VI, en su Exhortación *Marialis Cultus*, nos dice que el Evangelio presenta a María como una mujer dialogante, capaz de opciones serias y comprometedoras, con una religiosidad abierta y proyectada a los demás, fuerte ante situaciones dolorosas y extremas, alentadora de proyectos audaces y generosos. Una mujer valiente, testigo activo de un amor que edifica a Cristo en los corazones.

b) María, la creyente.

La condición de María como mujer creyente es, pudiera decirse, su principal título de gloria. María acogió la Palabra como Virgen oyente, en la clara oscuridad de lo que luchan en la fe. Siendo el misterio de la Encarnación la admirable conjunción de dos "Sí" (el de Dios que lo decide y el de María que lo acepta), se puede afirmar que, en virtud de su actitud creyente, el "Sí" de María abrió las puertas al "Sí" de Dios, a la acción salvadora de Dios.

La vida de María se desenvuelve en la más profunda y estricta obediencia de fe. Todos los que, a lo largo de las generaciones, aceptan el testimonio apostólico de la Iglesia, en cierto sentido participan de la fe de María. Como dice San Juan Pablo II en su Encíclica *Redemptoris Mater* (en adelante, RM), en el n. 27, los que a través de los siglos, de entre los pueblos y naciones de la tierra, acogen con fe el misterio de Cristo, no sólo se dirigen con veneración y recurren con confianza a María como su Madre, sino que buscan en su fe el auxilio para la propia fe.

c) María, la discípula de Jesús.

En la Iglesia de nuestros días, enfrentada al desafiante reto de seguir a Cristo en medio de un mundo sometido a profundos cambios, aparece María como modelo y prototipo de un auténtico discipulado. María no perteneció ciertamente al grupo de discípulos constituido formalmente por Jesús para que le siguieran, haciendo vida en común con Él. Tampoco a ese grupo de mujeres seguidoras y discípulas de las que habla el Evangelio de Lucas (Lc 8, 1.3). Pero perteneció, sin duda, al otro grupo de discípulos que podríamos llamar "domésticos" porque permanecían en sus propias casas, en su pueblo o ciudad: Zaqueo, José de Arimatea, Nicodemo, Marta y sus hermanos Lázaro y María, etc.

María, la madre de Jesús, debió someterse a la transformación que supone superar los lazos de la carne y de la sangre, para formar parte de la familia de los discípulos del Señor. Una transformación dolorosa: pasar de madre a discípula, del

orden de la maternidad biológica al seguimiento de Jesús. Y de tal modo lo hizo, que mereció repetidas veces el elogio de la boca del propio Jesús: ella es bienaventurada, no tanto por haber llevado en su seno y amamantado a sus pechos a Jesús, sino por formar parte del grupo de los que, oyendo la Palabra de Dios y guardándola en su corazón, se hacen discípulos del Señor (cfr. Lc 11, 27-28). Ella es bienaventurada porque, superando los simples lazos maternos, ha entrado en la familia de los escuchan la Palabra de Dios y la cumplen (cfr. Lc 8, 18-21).

La calidad de su discipulado se pone de relieve en la decidida y escueta expresión dirigida a los criados en las Bodas de Caná: "Haced lo que Él os diga" (Jn 2, 5). Teniendo presente la clara intencionalidad simbólica del cuarto evangelio, es evidente que la orden de María era la expresión de lo que Ella misma vivía, y de lo que la primera comunidad cristiana había intuido de la relación de María con Jesús, su Hijo.

La imagen de María que nos ofrece el Nuevo Testamento es la de una mujer que, con una coherencia extraordinaria, se puso siempre al servicio del Señor, escuchó la Palabra, la meditó en el silencio y en la oscuridad, y superó la tentación de la incredulidad. Se colocó incondicionalmente al servicio de la causa de su Hijo. Fue perfecta seguidora de Jesús aunque no siempre le siguiera físicamente.

Si la Iglesia de hoy quiere renovarse en su compromiso de seguimiento y discipulado de Cristo para no perder su identidad, si quiere ser profundamente fiel a Cristo en los tiempos que nos ha tocado vivir, deberá mirarse en María como un claro espejo, porque en las condiciones concretas de su vida se adhirió total y responsablemente a la voluntad de Dios, y que en la obediencia de la fe hizo el desconcertante y arriesgado tránsito del Antiguo al Nuevo Testamento. La Iglesia tiene que poner sus ojos en María, cuya acción estuvo en todo momento animada por la caridad y el espíritu de servicio. En una palabra, la Iglesia tiene que imitar a María, la primera y más perfecta discípula de Cristo.

#### d) María, la madre virgen.

María y la Iglesia tienen en común una vocación fundamental. La de ser "madre virginal de Cristo: del Cristo físico y del Cristo místico. La Iglesia se reconoce a sí misma en María, no sólo como en cuanto comunidad que acoge como madre a todos los redimidos, sino también como en el seno en que cada uno es, por obra del Espíritu Santo, engendrado virginalmente en Cristo por el Bautismo.

Según San León Magno: "Para todo hombre que renace, el agua bautismal es una imagen del seno virginal en el cual fecunda a la fuente del Bautismo el mismo Espíritu que fecundó también a la Virgen".

#### e) María, la toda santa.

En una Iglesia llamada y obligada a buscar la santidad según la propia vocación y estado de cada uno de sus miembros, María condensa, en una perfección definitivamente adquirida, lo que es lo esencial de esa santidad. La Stma. Virgen es modelo y prototipo que estimula y marca el camino a seguir a los fieles que luchan todavía por crecer en santidad y elevan sus ojos a María, que resplandece como modelo de virtudes.

María vivía en santidad antes de la Anunciación. De otro modo sería inexplicable la respuesta tan generosa y total que dio a la llamada de Dios. En María brillan la fe y dócil aceptación de la Palabra de Dios, la obediencia, la disponibilidad, la humildad, la caridad solícita, la sabiduría reflexiva, la piedad hacia Dios, la oración (especialmente con la comunidad apostólica), la fortaleza en el destierro, la pobreza llevada con dignidad, el vigilante cuidado hacia el Hijo desde la humildad de la cuna hasta la ignominia de la cruz, la pureza virginal, el fuerte y casto amor esponsal. De estas virtudes de la Madre se adornarán los hijos que con propósito contemplan sus ejemplos para reproducirlos en la propia vida.

f) María, fiel y dócil al Espíritu Santo.

La Iglesia nació del costado abierto de Cristo en la Cruz por obra del Espíritu Santo, quien protagoniza todo el proceso de expansión misionera de la Buena Noticia: descendió sobre los apóstoles para impulsarlos a proclamar a Cristo Resucitado y alentó su predicación, avalándola con numerosos signos y prodigios. El Espíritu Santo es quien da la fuerza decisiva a la Iglesia para anunciar a Cristo.

María es también modelo y prototipo de la actitud que en la Iglesia debemos tener frente al Espíritu Santo:

- Dejar, como María, que el Espíritu Santo actualice la Palabra que escuchamos y guardamos en el corazón. Es decir, dejarnos iluminar para que ponga luz en nuestra existencia, especialmente en situaciones difíciles de comprender.

- Dejar que el Espíritu Santo nos impulse a comunicar la Palabra a los demás, como María fue a casa de Isabel y Zacarías.

- Dejar, en definitiva, que la Palabra tome cuerpo en nosotros, como Jesús en el seno de María, y vivir coherentemente la fe, para que también sea anuncio de salvación para los demás.

g) María, portadora de una misión.

San Juan Pablo II afirmó que "la Iglesia debe mirar a María, madre y modelo, para comprender en su integridad el sentido de su misión" (RM 37). De hecho, ya la Iglesia primitiva percibe que debe mirar a María y estar junto a Ella: en el momento en que los apóstoles van a recibir el Espíritu que les impulsará a emprender la misión confiada por el Resucitado (Hch 1, 8), María está presente en forma relevante, compartiendo con ellos ese momento decisivo.

Efectivamente, María estaba con los apóstoles en el Cenáculo, donde los apóstoles se preparaban a sumir su misión con el Espíritu de la Verdad. María estaba con ellos y en medio de ellos, perseverando en la oración como "madre de Jesús" (Hch 1, 13-14), o sea de Cristo crucificado y resucitado. Y aquel primer núcleo de quienes en la fe miraban a Jesús como autor de la salvación, era consciente de que Jesús era el Hijo de María y que Ella era su Madre, y, como tal, era desde el momento de la concepción y del nacimiento, un testigo singular del misterio de Jesús, que se había manifestado ante sus ojos y confirmado con la Cruz y la Resurrección.

María es “portadora del misterio de Cristo” en diferentes e importantísimos momentos: la Encarnación, la Visitación, el Magnificat, la Adoración de los Pastores y los Magos, las Bodas de Caná, la Cruz y Pentecostés. El Beato Pablo VI enseña en su exhortación *Evangelii Nuntiandi* que la primera y fundamental forma de misión y evangelización es el testimonio. Por eso, es evidente que María debe ser considerada como el prototipo de la acción misionera que ha de emprender, en forma constantemente renovada, la Iglesia.

Por otra parte, si pensamos que no hay ni puede haber verdadera misión eclesial sino en la medida en que está presente y actúa el Espíritu Santo, descubriremos la calidad de la condición misionera de María, ya que ella es precisamente la que, recibiendo el Espíritu de Dios, acoge en su seno al Altísimo y nos lo entrega desde su maternidad.

### 3. LA IMAGEN ECLESIAL DE MARÍA EN LOS TEXTOS LITÚRGICOS DE LA IGLESIA.

En la tradición de la Iglesia, la Liturgia es expresión, norma y cauce del compromiso de fe que vive la entera comunidad eclesial. La Iglesia expresa y celebra su fe en la celebración litúrgica. Por lo tanto, la Liturgia es una fuente de particular valor para estudiar las relaciones existentes entre María y la Iglesia.

La constitución *Lumen Gentium* del Concilio Vaticano II amonesta a fomentar con generosidad el culto a la Stma. Virgen, particularmente el litúrgico (LG 67). La imagen resultante de los textos marianos de la Liturgia tiene que ser para la Iglesia un punto de referencia imprescindible a la hora de plantear su devoción a María, además de un estímulo para hacer del culto a Ella un compromiso de vida, y de la propia vida un culto agradable a Dios, semejante al que en su vida de cada día ofreció María a Dios. Por otra parte, el Concilio Vaticano II dio claramente la prevalencia al culto litúrgico por encima de las devociones privadas y de los ejercicios piadosos.

Fijándonos, sobre todo, en los textos eucológicos (es decir, los prefacios y las oraciones colecta, sobre las ofrendas y tras la comunión) del Misal Romano y del Misal de la Virgen María (MV), la Liturgia presenta a María de la siguiente manera:

#### A) María es modelo de la Iglesia.

De forma general, María es en la Iglesia y para la Iglesia “un ejemplo luminoso de vida”. Así nos lo muestra la Misa nº 8 del Misal de la Virgen María (MV 8), en el prefacio y en la oración tras la comunión. Especificando más las dimensiones de esta ejemplaridad, en los textos aparece la Virgen de otras maneras.

##### A.1.) María, modelo de seguimiento de Cristo.

Con su ejemplo, María nos mueve a seguir a Cristo (MV 19), porque es modelo de discípulo fiel (MV 10).

##### A.2.) María, modelo de amor a la Iglesia.

El bautizado es invitado a imitar a María en el servicio de la Iglesia (MV 22). Con su ejemplo, María precede la actividad misionera de los que se comprometen en el anuncio del Evangelio (MV 18).

#### A.3.) María, modelo de virtudes.

María es una estrella luminosa (MV 21) que ilumina con su vida humilde a toda la Iglesia (MV 34). Modelo de fe sincera (MV 1) y de "esperanza total" (MV 1), que atrae y estimula al amor perfecto (MV 32) a Dios y al prójimo (MV 43). Es también modelo de fortaleza ante las dificultades de la vida y, en particular ante las serias exigencias de la fe (MV 11). Modelo para todos los bautizados en el conservar, siguiendo su ejemplo, las riquezas de la gracia (MV 28). Modelo, finalmente, del profundo respeto que hemos de tener a todos los hombres, como templos que son del Dios vivo (MV 23).

#### A.4.) María, modelo de la Iglesia orante.

María, al unir sus oraciones a las de los discípulos, se convirtió en el modelo de la Iglesia suplicante (Misal Romano, Prefacio III de Santa María Virgen).

#### A.5.) María, modelo de servicio a Dios y a los hombres.

En una Iglesia diaconal, toda ella llamada al servicio de la humanidad, María nos estimula con su propio ejemplo a estar junto a los hermanos que sufren (MV 11), a entregarnos generosamente a Dios y a los hombres (MV 26) y a servirlos con verdadera eficacia (MV 22; 31).

### B) María es figura de la Iglesia.

María no es para la comunidad eclesial solamente un modelo a copiar, sino también un modelo a seguir. Ella realizó en su vida terrena lo que toda la Iglesia está llamada a seguir realizando a lo largo de su historia.

#### B.1) María es principio de la Iglesia.

Ella alentó, en Nazaret y unida a su Hijo, los comienzos de la Iglesia (MV 8), y es también figura de la comunidad eclesial expectante ante la segunda venida de Cristo (MV 17).

#### B.2) María, excepcional seguidora de Cristo.

La Virgen es imagen purísima del camino en el seguimiento de Cristo (MV 27) y modelo de vida evangélica (MV 32).

#### B.3) María, prototipo de la Iglesia en su relación con el Espíritu.

María es celebrada como modelo de vida en el Espíritu (MV 16), ya que por su docilidad y disponibilidad toda su vida estuvo dirigida, orientada, guiada por las mociones del Espíritu, atenta a su voz (MV 17).

#### B.4) María, prototipo de la Iglesia en el ejercicio del culto.

Contra cualquier culto simplemente ritual, superficial o formalista, la Iglesia está llamada a dar a Dios un culto en espíritu y verdad (Jn 4, 21-24). También aquí aparece María, en medio de la comunidad eclesial, como modelo del verdadero culto espiritual (MV 26). Un culto que, tanto si se expresa en la oración y en la alabanza (MV 23), como si se expresa en el ofrecimiento de la propia persona a Dios, encuentra en María un modelo de Iglesia orante y oferente (MV 25; 8).



C) María es imagen de la Iglesia.

Los textos de la Liturgia que analizamos nos presentan a María como la criatura que en su realidad concreta y personal ha alcanzado ya aquella plenitud que toda la Iglesia espera llegar a alcanzar algún día. Por eso, Ella es primicia de la nueva creación (MV 20), porque en Cristo, nuevo Adán, y en María, nueva Eva, se revela el misterio de la Iglesia como primicia de la humanidad redimida (Misal Romano, Prefacio V de Santa María Virgen).

En la Virgen se realiza en su totalidad el proyecto de Dios de rehacerlo todo en Cristo. Como bellamente dice el Prefacio de la Inmaculada Concepción de María, en el Misal Romano, María es comienzo e imagen de la Iglesia llena de juventud y de limpia hermosura. Y brilla en nuestro camino como signo de consuelo y de firme esperanza (Misal Romano, Prefacio IV de Santa María Virgen). Asunta al cielo, María es figura y primicia de la Iglesia que un día será glorificada (Misal Romano, Prefacio de la Fiesta de la Asunción de María). Ella nos espera a todos en la bienaventuranza feliz como hermana y como madre (MV 34), siendo imagen purísima de la gloria futura (MV 27).

María no se queda indiferente frente a la situación de los demás miembros de la Iglesia. Por el contrario, como afirma el Prefacio III de Santa María Virgen en el Misal Romano, Ella acompaña con amor materno a la Iglesia peregrina y protege sus pasos hacia la patria celeste, hasta la venida gloriosa del Señor.

Como se ve en los textos eucológicos aquí mostrados, la Liturgia pone de relieve que los misterios de la vida de María no son sólo privilegios o dogmas, sino que son eventos significativos de la Historia de la Salvación, subrayando por tanto su dimensión cristológica y eclesial.